



XIX

Jesucristo en el Santísimo Sacramento, Providencia del hombre.

Tu das escam illorum in tempore opportuno.
Tú, oh Señor, das el manjar de ellos en oportuno
tiempo.

Ps. CXLIV, 15.

1. La atención y voluntad de Dios por conservar el orden físico y moral que estableciera desde un principio; el cuidado sumo y diligencia exquisita que el mismo Dios tiene de todos los seres por Él creados con el fin de que vivan, se desarrollen y lleguen á su destino correspondiente, podemos asegurar que es la Providencia divina. Esas encantadoras armonías del mundo físico en el que desde la más lejana estrella rutilante que sólo tiene movimiento de progresión, hasta el satélite más cercano á nosotros que gira en derredor de su planeta; desde las sombrías nimbus que envuelven cuidadosamente el agua de lluvia, hasta el fuerte viento que las empuja en todas direcciones para que en todas direcciones la viertan; desde el encendido relámpago que azota el espacio, hasta el violento trueno que le acompaña; desde el caudaloso río que se dirige hacia el mar, hasta las risueñas vegas por él regadas; desde las variadas producciones alimenticias que los reinos vegetal y animal ofrecen, hasta el número de vivientes que con ellas se han de sustentar, todo está admirablemente relacionado y fuerte-

mente ligado. Esas bellas armonías del mundo moral en que, si la virtud fortalece al bueno, enflaquece al malo; en que, si el vicio corrompe al vicioso, corrige al desengañado; en que si los crímenes son verdugos de los pueblos, también vienen á ser la semilla de su restauración; en que es verdad aquello de que Dios de los propios males saca bienes. Esas misteriosas armonías del mundo espiritual en que si podemos condensar, en un momento dado, toda la creación en nuestro cerebro, asimismo podemos desparramar nuestro espíritu por todas partes; en que si pensamos, discurremos; y si discurremos, recordamos; y si recordamos, juzgamos, amamos ó aborrecemos con velocidad eléctrica. Esas prodigiosas armonías del mundo de ultratumba en que, si es cierto que el alma procede de una Causa primera é infinita, también lo es que se halla ligada estrechamente con todas las demás hermosas creaciones de esa portentosa Causa; en que si hay dulces esperanzas, es porque existen premios grandes; en que si existen remordimientos horribles es porque se aguardan terribles castigos.... ¡Ah! todos estos bellos contrastes, tan admirablemente enlazados, tan lógicamente relacionados, tan perfectamente ordenados, obedecen á la acción de la Providencia divina; son efectos de Ella; son la misma Eterna Providencia en acción.

2. Y si todo esto es así, si tanto cuidado tiene Dios de la creación en general, mucho más lo tendrá, debe tenerlo, del hombre para quien la creación se efectuó, y de la cual este mismo ente debiera ser su rey. Al efecto, Dios envió su Hijo al mundo para que fuera providencia especial del hombre; y en este concepto, el Hijo de Dios no sólo remedió, mientras estuvo en la tierra, las humanas necesidades, si que también levantó del polvo del pecado á la frágil naturaleza, y la sublimó hasta identificarla consigo. Pero la bondad del Salvador no paró aquí, fué más adelante, hasta rayar en lo herioco y en lo sublime. Suspendido en una cruz ignominiosa, necesita refrigerio y lo pide; lo que no alcanza para sí, lo obtiene para el hombre; y si permite que le alarguen amarga hiel por comida, y por bebida fuerte

vinagre, en su lugar concede al hombre su Cuerpo y su Sangre con los cuales desea mantener y regalar á la hechura de sus manos. ¡Contraste sublime! Jesucristo padece hambre y sed por sostener las fuerzas del hombre. Esta clase de excepcional providencia no la usó jamás el Omnipotente, que por esto tiene asimismo excepcional mérito, al que el hombre debe estar sumamente reconocido.

Estudemos, por lo tanto, que *Jesucristo Sacramentado es Providencia del hombre*: 1.º en cuanto supremo regidor y conservador de lo existente; y 2.º en cuanto especial conservador de las almas justas. En el primer punto veremos á Jesucristo como Dios, obrando en todos los seres; en el segundo punto lo consideraremos como Dios-Hombre, obrando sacramentalmente en las almas.

§. I.

3. En todos los tiempos ha habido seres inconsecuentes que, fuese por crasa ignorancia ó por inconcebible sistema, se atrevieron á blasfemar del Omnipotente, negando su dulce acción sobre el mundo y sus criaturas; y no importa que entonces se llamasen epicureístas y que ahora se denominen racionalistas, ya que tanto éstos como aquéllos convinieron neciamente en la negación absoluta de la Providencia de Dios sobre el hombre. Mas no porque se niegue un dogma es menos cierto; á la Verdad le sucede lo que á las rocas del mar, que cuanto más combatidas de furiosas olas tanto más limpias y majestuosas aparecen. Debemos por este motivo atender á la idea misma de la Providencia, con exclusión de toda preocupación sistemática, y ella nos hará ver que, habiendo criado el Altísimo todas las cosas, no puede por menos de amarlas y conservarlas. En efecto: si los padres aman á los hijos que engendraron; si las aves tienen cuidado de los polluelos que incubaron; si cualquier inventor ama y conserva por ley natural su obra, ¿no amará Dios á los hombres sus hijos, no cuidará y conservará sus creaciones, no tendrá especial gobierno de aquéllas que son su directa fotografía, confeccionada por Él mismo y parte

de su propia existencia divina? ¿Qué autor ó trabajador, dice S. Ambrosio, tendrá negligencia en el cuidado de su obra (1)? Por cierto; en Dios, Autor de todo lo existente, no puede haber negligencia en el cuidado de sus bellas obras, porque esto destruiría su bondad inmensa. Además, si en Dios no hubiese Providencia provendría ó de que el Altísimo no conoce las cosas criadas, ó de que no puede proveerlas, ó de que pudiendo, no quiere; lo cual es un absurdo grosero, ya que lo primero repugna á su ciencia, lo segundo á su omnipotencia y lo tercero á su bondad infinita.

4. Las sagradas Escrituras exhiben preciosos testimonios que confirman este hermoso dogma. «¡Oh Padre, exclama la Sabiduría, tu Providencia lo gobierna todo. No hay otro Dios sino Tú que de todas las cosas tienes cuidado para mostrar que en tus juicios no hay injusticia alguna (2)»; de donde se deduce que el Altísimo lo dispone todo con suavidad (3), con justicia (4), con misericordia (5) y con peso y medida (6); y si es verdad que el corazón del hombre es el que dispone los caminos de sus propias obras, también es cierto que Dios dirige sus pasos (7). De todas nuestras cosas, hasta de las más insignificantes, tiene cuidado el Altísimo, quien por medio de su presencia infinita nos ve á todos, penetra hasta en lo más recóndito de nuestra naturaleza, examina los más diminutos pliegues del alma, observa nuestra constitución física, su temperamento; por otra parte no ignora el trabajo á que estamos constreñidos; atiende asimismo á la clase y condición de los alimentos, del clima, etc., disponiéndolo todo con exactitud, con orden, con bondad para que todos estos medios de vida nos ayuden á la conservación de nuestra existencia, y si alguna vez permite el mal físico es porque nos conviene. Nuestro reco-

(1) Lib. I de Ofic., cap. 13.

(2) Sap. XII, 13.

(3) Sap. VIII, 1.

(4) Id. XII, 15.

(5) Id. XV 1.

(6) Id. XI 21.

(7) Prov. XVI, 9.

nocimiento perfecto hacia el Creador y Conservador infinito debiera constar en todo momento.

5. El Omnipotente, sólo el Omnipotente dispensa su acción pródiga sobre todas sus obras. Él viste de hermosa púrpura á las flores, de vistosas hojas á los árboles, de variadas plumas á los pajarillos, de fuertes pelos á los irracionales, de plateadas escamas á los peces. Él abre secretamente las fuentes, dirige mansamente los ríos, señala barreras insuperables á los mares. Él teje la bella alfombra primavera del suelo, siembra los grandes arbustos y las eficaces yerbas medicinales en el monte; forma del reino vegetal un bello prado. Él proporciona sustento á los seres, así como les presta la vida y la energía; pues, ¿qué importa que la mano del hombre siembre el pequeño grano en terreno abonado si el Omnipotente no le envía la fresca lluvia á su tiempo ó niega las poderosas energías á la simiente para que dé su correspondiente fruto? ¡Ah! ni el que planta ni el que riega es algo, sino Dios quien da el incremento á las plantas (1). De nada serviría que el hombre se cansase trabajando física é intelectualmente si Dios le negase los necesarios medios de producción y conservación, medios que exclusivamente dependen de su dadivosa Mano. Pero la providencia divina va todavía más allá. Hay infinidad de plantas, infinidad de insectos, infinidad de pajarillos, infinidad de seres, en una palabra, de los cuales no hacemos el menor caso, porque ó no reparamos en ellos ó no los conocemos; pues bien, todos esos seres nos son útiles y necesarios: unos sirven para la nutrición de los demás, aquéllos para evitar enfermedades, éstos para proporcionarnos comodidades, y sólo el Señor los tiene presentes para el provecho del hombre. ¡Oh! cuán bueno es Dios!

6. Esta doctrina católica la predicó con insistencia el mismo Salvador á sus discípulos. Quería que nos desprendiésemos de los bienes terrenos, al menos con el afecto, y que nuestro corazón y nuestras atenciones en Él se prendie-

(1) I Cor. III, 7.

sen; quería que, como el salmista (1), depositásemos nuestros cuidados en su seno para que Él mismo proveyera nuestras necesidades; quería, en una palabra, que buscásemos primero el reino de Dios para recibir después las demás cosas por añadidura (2). Ved por qué razón nos dice: «No andéis afanados por la comida, ni por la bebida, ni por el vestido. ¿Acaso no es la vida más que la comida y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni allegan en trojes, y no obstante vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros más que ellas?... ¿Por qué andáis acongojados por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan, ni hilan. Os aseguro que ni Salomón con toda su gloria fué cubierto como uno de éstos. Pues si al heno del campo que hoy es y mañana es arrojado en el horno, Dios viste así ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe (3)?»

No es que el Señor, por esta consoladora doctrina, prohiba el trabajo con el cual allegamos recursos para nuestra diaria subsistencia, ni que nos abandonemos á una criminal desidia; lo que prohíbe al cristiano, por ser práctica gentílica, es el desmedido afán, aun lícito, por enriquecerse, pues tales cuidados turban la paz del alma y la alejan de Dios. Si todo lo existente es de Dios y sin Dios son inútiles los esfuerzos humanos, lo más lógico, lo más conforme con la Fe católica es la simultaneidad del trabajo por guardar el precepto divino y por obtener los haberes necesarios para la vida, y la esforzada confianza en Jesucristo nuestro Padre y Providencia quien, no ignorando nuestras necesidades, sabrá y querrá socorrerlas si le somos fieles.

7. Pero hay más todavía; el Altísimo no ha hablado jamás en el vacío; sus palabras se tradujeron en obras; sus promesas fueron cumplidas. Los individuos y los pueblos que confiaron en Dios, nunca fueron burlados. ¿Qué significa el maná con el cual fueron sustentados á satisfacción

(1) Ps. LIV, 23.
(2) Math. VI, 33.
(3) Math. VI.

los hebreos por espacio de cuarenta años en el desierto? ¿Qué significa el pan y el vaso de agua del profeta Elías con los cuales este siervo de Dios tuvo lo suficiente para peregrinar durante muchos días hasta llegar al monte Horeb? ¿Qué significa la harina y el aceite de la viuda de Sarepta, con los cuales esta pobre mujer remedió las necesidades domésticas y todavía le sobró lo suficiente para otras muchas? ¿Qué significa el pez que cogió Tobías en el mar con el cual satisfizo su hambre y curó la ceguera de su padre? ¿Qué significa el número de tantos religiosos de ambos sexos que sin bienes ningunos viven contentos hasta llegar á una senectud envidiable? ¿Qué significan, últimamente, tantas maravillas realizadas á favor de los justos de todos los tiempos, de las cuales se ha hecho Dios solidario, sino que nuestro buen Señor es pródigo para con los hombres y con especialidad para con sus amigos?

De ahí la confianza ilimitada que pusieron en Jesucristo los justos de todas las edades, y su confianza jamás salió fallida. Con un modesto vivir eran más ricos que los que se desvelan por acapararlo todo, puesto que contaban con las riquezas inmensas del que todo lo puede. Sus alcancías y sus trojes estaban en el cielo, donde la polilla y el orín entrar no pueden, y en sus penurias, si es que alguna vez las sufrían, acudían á la Mesa del Altísimo y eran socorridos.

8. Hay un punto en la doctrina católica sobre la divina Providencia que, aunque por vía de digresión, es preciso tocarlo antes de pasar á estudiar de lleno la amorosa providencia que sobre las almas ejerce el Hombre Dios Sacramentado. Estamos en unos tiempos de fría metalización, de grosero positivismo, en los cuales no se quiere ver más que con los ojos del cuerpo. Cuando acontecen dos hechos que coinciden entre sí, pero que de ningún modo estaban previstos, se suele decir: ¡Hombre, qué casualidad! y un filósofo católico que se hallara presente, debiera entonces responder: ¡Hombre, qué necedad! porque ciertamente es necedad inconcebible dar existencia á cosas que no son,

con detrimento de las que son. En efecto, la casualidad no existe realmente. Debemos, empero, distinguir la casualidad respecto de Dios, de la casualidad respecto del hombre: la primera no existe absolutamente; la segunda puede darse por la ignorancia del hombre sobre los futuros contingentes, los cuales, cuando coinciden, pueden ser casuales relativamente al hombre; pero que en manera alguna lo son en el orden real, ya que son lo que son y no otra cosa, y se envían para el fin que se envían y no para otro; y como la coincidencia de dos efectos son previstos y queridos por el Autor Supremo y los ha dispuesto para determinado fin, por esta razón no son fortuitos ó casuales, sino queridos por Dios.

De donde resulta que todo cuanto sucede al hombre, ora tenga razón de bien, ó de mal, á excepción del pecado, sucede porque Dios lo quiere y no de otro modo. El Texto sagrado no puede ser más evidente: «Ved que yo soy solo, dice el Señor, y no hay otro Dios sino yo; yo quitaré la vida y yo haré vivir, heriré y yo curaré, y no hay quien pueda librar de mi mano (1).» ¿Habría algún mal en la ciudad, añade por Amós, que el Señor no haya hecho (2)? ¡Quién sabe, dice el profeta Jonás, dirigiéndose á los ninivitas, si se volverá Dios y nos perdonará y se aplacará del furor de su ira y no pereceremos! Y vió el Señor las obras de ellos, prosigue este mismo profeta, cómo se apartaron de su mal camino y tuvo Dios misericordia acerca del mal que había hablado que les haría y no lo realizó (3). Palabras que no pueden ser más explícitas, y que nos llevan al más completo convencimiento de que el Eterno, á más de velar sobre los hombres, les envía los bienes como los males de pena, vivifica y mortifica, levanta y destruye, planta y arranca (4) según su voluntad divina. Y no es que el Señor se complazca en nuestros males; los envía para castigo de los individuos y de las sociedades unas veces, como los envía otras

(1) Deut. cap. XXXII, 39.

(2) Amós. III, v. 6.

(3) Jonás, III, 9 y 10.

(4) 1 Reg. II, 6.